



papel de va salir

Se publica los Jueves en el Escorial

N.º 1

Se vende a 15 céntimos

E s c a l a

El esmalte de la luz
pule la plancha de acero:
tienen los barcos inmóviles
abrasada sed de viento.

La pasarela de un buque
que rasca el lomo en el puerto
redobla con locos ritmos
de un loco tamborileo.

Y atraviesan, dando tumbos,
joviales, los marineros.
Llevan la aurora en las gorras,
picos de mar en los cuellos
y les cuelgan las corbatas
como corazones negros.

Las nubes vendan la luna
y entoldan de plata el cielo;
la brea y la sal impregnan
el aire de un olor fresco.

Cuando cruzan por los muelles
desplomán todos los ecos.

Las calles de la ciudad
rompen ya contra sus pechos.

E hilvanando callejones,
callejones soñolientos,
violando farolas vírgenes,
se cuelan en el infierno.

...Las vidrieras estallaron
al ver a los marineros.

Taponazos de mujeres,
risa de vinos espesos;
escotes con aire músico
y acordeones morenos.

Alfredo Marquerie.

IMPRENTA COGOLLUDO Rey, 27 San Lorenzo

Ayuntamiento de Madrid



Estudiante muerto por una errata

La estudiantina. La cuchara en las monteras y las ventanas respirando, con bisbiseos entornados, la noche.

Las mozas a la ventana en rendija. No había ruido que no se diluyera en siseos.

En las cucharas cóncavas, la chispita de la luna, como aún la chispita de una salsa sabrosa. En las convexas, un dardo de luna sobre la coraza, haciendo un ruido de luz como el de la magnesia.

Las capas sueltas chapoteaban en marcha, en el mar de la noche, por el vendaval de los brazos jóvenes, y las bandurrias andaban por sus bajos con las greguerías del temple. (Quiere decir que la uña de bolsillo iba hablando en voz baja a las cuerdas, gemelas de dos en dos; vías de la estación del tren que es alguna pieza de música.)

A veces el silencio total quitaba jovialidad, y el grupo compacto, pisoteando sigiloso la noche, tenía cosas de entierro, o de ir al lugar de una catástrofe nocturna.

De vez en vez se quedaba alguno atrás; siempre agachado, en arreglo del zapato o del calzón por la rodilla, con revuelta de cuerpo de cisne. Y se incor-

poraba después con el trote de su capa de estudiantina.

Los cuellos de todos eran estrellas caídas, con un agujero para la cabeza.

El más enamorado quiere soledad. Tres pasos antes de doblar una esquina hace con que arregla su zapato.

El pícaro ve como a todos se les va tragando la vertical.

Toma otra ruta, con la guitarra encañonada al suelo, como un trabuco dispuesto a alzarlo a la cara; la mirada hacia atrás, hacia el grupo, como la del traidorzuelo.

Bajo las puntas de sus pies cómplices, se quejan como sapos los chinarrros.

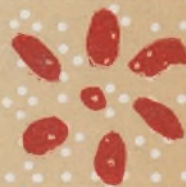
La luna está detrás de la casa amada, y la fachada en sombra ha puesto una hoja de sombra a sus pies, para alfombra del galán.

La capa, sujeta al cuello, se abrió del todo, como un telón corrido. Y la guitarra era un gran corazón.

La araña de una mano en lo alto del mástil; la otra araña en el ombligo de la caja; y del silencio empezaron a llegar



Ayuntamiento de Madrid



p a p e l d e v a s a r

notas, que todavía venían muy llenas de silencio.

La canción... El entornado de la ventana... La canción... La noche callada... El entornado inquieto de la ventana... El tejido sentimental de las arañas...

El entornado se iba abriendo, y una mano de nacar clareaba en lo alto del marco. Se adivinaba el óvalo de claro de luna, sin luna.

Yo me fijé en que las estrellas se vestían de verde, de rojo, de oro, de azul y de plata, con lentejuelas; y cambiaban sus trajes.

La canción era suave como sus tonos, y las frases cambiaban sus trajes como las estrellas.

El amor enturbiaba los ojos.

En la canción y en los silencios, el estudiante suspiraba hondo, y aquellos suspiros sacaban, como en dos manos llenas de arena, peso y peso de su cuerpo; peso de posos de amor; y el cuerpo, físicamente, sentía la elevación; al espíritu le costaba poco tirar hacia arriba, hacia la ventana del amor.

Otro suspiro y más canción suave y amable que le desahogaba de peso, y ya sintió que ni alargando las puntas de los pies tocaba el suelo.

Se estaba elevando, sin interrumpir la canción ni la guitarra.

Y el abandono aereo del cuerpo no ponía posturas de temor que echaran a perder la estampa; si acaso posturas de ángel, con los pies ligeramente elevados por detrás y el pecho hacia adelante.

La canción del amor que se confiesa tan tímido..... Y el óvalo en la rendija de la ventana... Y la araña que cazaba notas en el campo del silencio... Y las estrellas bailando sus trajes... Y la mano blanca en el marco recto... Y la luna empinándose para ver qué pasaba en lo que ella llamaba detrás de la casa...

El estudiante enamorado, desmaterializado por la emoción y los suspiros, ya iba aereo, subiendo, con sus posturas indolentes de canción que se va evaporando.

Al llegar casi donde el óvalo se había dejado caer sobre la mano del marco, la emoción fué turbación.

No hubo modo de dibujar en el aire las palabras. Y por decir: «del alma del trovador», dijo: «del alma del *travador*». Una letra cambiada, total.

Sonó como un mal olor en un idilio. Se azoró el estudiante: le invadió el frío en sacudida eléctrica de escalofrío, y puso la cara del que se ahoga en el agua sin agarraderas...

Al amanecer, la mano del cerco se



Ayuntamiento de Madrid



p a p e l d e v a s a r

había corrido hasta tapar los ojos del óvalo, y el estudiante estaba boca abajo, yerto.

La capa, extendida al caer como unas grandes alas de murciélago, no le sir-

vió para amortiguar el golpe de la muerte.

Y la guitarra, rota bajo el cuerpo roto, había rizado en sus extremos sus cuerdas rotas.

Antoniorobles.

Bicicletas de domingo

Las bicicletas del domingo tienen para ellas la espuma de la mañana de este día. Para ellas es, indiscutiblemente, el olor tan de fiesta, del traje recién lavado.

Van por la carretera rizando el bigote de plata de sus bicicletas los ciclistas del domingo.

¡La bicicleta negra del herrero! ¡La bicicleta de colores del vendedor de molinos de papel!... ¡Y la bicicleta blanca del albañil! La masa de colores (caras brillantes al Sol) corren detrás del brillo del asfalto sin poderlo coger. Y las espaldas de los ciclistas: crucificadas de cámaras. Lejos la otra fiesta; el pueblo. Llegada. La bicicleta ahora es hermana de la campana de la Iglesia. Entran, por la calle principal, arrastrando del pelo a las bicicletas. A la calle le nacen docenas de piernas. Flores feas del momento. (También; el pito del niño del delantal limpio).

La taberna roja y el tabernero de cebrá. Y la bandera española de la tortilla de escabeche y el vino, espeso, rojo. ¡La taberna caliente!

¿Y las bicicletas? ¿No comen?. (Esto lo ha dicho, de pronto, la soledad del ciclista sin su máquina). Las bicicletas en la calle, panza arriba, se comen los adoquines.

Vuelta ya. En una mesa de la taberna, toda de nieve, se muere un A B C teñido de tortilla y con flores de pan: Regreso.

El ciclista regresa. Comiéndose el guía de su bicicleta y pedaleando. (Es el pedal una ruleta, que el mejor día va ha quedarse en el Km. 72 y a no se quien le va ha tocar en suerte un bonito jersey que usó Botechia).

En el pueblo el lazo rosa de la niña pobre, mariposa al Sol

Javier de Echarri.

DIRECTOR FUNDADOR: ROMAN ESCOHOTADO CON ANTONIO ROBLES Y JAVIER DE ECHARRI

Ayuntamiento de Madrid

